

TEMA 4 LA VERDADERA ALEGRÍA

I. UNA LECTURA CONTEMPLATIVA DEL TEXTO

Hemos visto, muy por encima lo que supone la felicidad humana, la alegría cristiana y cómo experimenta Francisco la alegría. Tomamos como objeto de reflexión un texto que, según se nos dice en el mismo, lo redactaría el hermano León al dictado de Francisco. Es el texto titulado *La verdadera alegría*. El texto lo conocemos todos. Vamos a leerlo para recordarlo:

¹ Un cierto día el bienaventurado Francisco, estando en Santa María, **llamó al hermano León y le dijo:**

– Hermano León, escribe.

² Éste le respondió:

– Ya estoy listo.

³ – Escribe –le dijo– cuál es la verdadera alegría:

⁴ Llega un mensajero y dice que han venido a la Orden todos los maestros de París. Escribe. «No es verdadera alegría».

⁵ También que han venido todos los prelados ultramontanos, arzobispos y obispos, y también el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Escribe: «No es verdadera alegría».

⁶ Y dice también que mis hermanos han ido entre infieles y los han convertido a todos a la fe. Y que, además, yo he recibido de Dios tanta gracia, que sano enfermos y hago muchos milagros. Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría.

⁷ Pero ¿cuál es la verdadera alegría?

⁸ Vuelvo de Perusa y, en medio de una noche cerrada, llego aquí; es tiempo de invierno, está todo embarrado y hace tanto frío, **que en los bordes de la túnica se forman carámbanos de agua fría congelada que golpean continuamente las piernas, y brota sangre de las heridas.**

⁹ Y todo embarrado, aterido y helado, llego a la puerta; y, después de golpear y llamar un buen rato, acude el hermano y pregunta:

– ¿Quién es?

Yo respondo:

– El hermano Francisco.

¹⁰ Y él dice:

– Largo de aquí. No es hora decente para andar de camino; no entrarás.

¹¹ Y, al insistir yo de nuevo, responde:

– Largo de aquí. Tú eres un simple y un inculto. Ya no vienes con nosotros. Nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos.

¹² Y yo vuelvo a la puerta y digo:

– Por amor de Dios, acogedme por esta noche.

¹³ Y él responde:

– No lo haré.

¹⁴ Vete al lugar de los crucíferos y pide allí.

¹⁵ Te digo que, si hubiere tenido paciencia y no me hubiere turbado, en esto está la verdadera alegría, y la verdadera virtud y salud del alma.

Antes de entrar en el análisis del texto, nos detenemos en lo que primero salta a nuestra vista: ¿Es éste un texto espiritual? ¿Un texto moral? ¿Una invitación al absurdo? ¿A la sublimación neurótica?...

El tema de la alegría verdadera es como una criba por la que van pasando todos los otros sentimientos que vive el hermano, y cualquier ser humano, ante el desafío permanente que le presenta la vocación personal

Si lo miramos desde el corazón y lo contemplamos más que analizarlo, vemos que hay una íntima conexión entre lo que Francisco dice a León y lo que Jesús dice a sus discípulos (Lc 10, 17-20) cuando éstos le cuentan eufóricos el éxito de su misión, expulsando demonios, curando. Jesús les dice tajantemente: "Alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en el cielo".

Por eso, hoy vamos sencillamente a orar:

Este **más bien** de "vuestros nombres escritos en el cielo" es el que nos desvela el secreto de la alegría evangélica. La referencia es el Misterio Pascual, cuando la vida surge de la muerte o la dicha de la persecución (Mt 5, 11-12).

Dos dimensiones se entremezclan en la parábola de Francisco:

1. ***La primera: el éxito institucional no es causa de verdadera alegría.*** Francisco enseña al hermano León que en el éxito institucional, aunque tenga la forma de eficacia del Reino, no está la verdadera alegría. Un éxito institucional que en esa época era real. Y que además era garantía de "salvar la vida", porque tachar de hereje a alguien o a un movimiento espiritual suponía la condena a muerte. El movimiento franciscano estaba extendido por Europa y era muy valorado. ¡Cuidado!, dice Francisco, ahí no está la verdadera alegría, a pesar de lo importante que podía ser esto.
2. ***La segunda: la verdadera alegría consiste en mantener la calma.*** Esta segunda dimensión atraviesa el corazón de Francisco. Tiene que ver con la fraternidad. La verdadera alegría consiste en mantener la calma al ser rechazados y despreciados y maltratados por el hermano portero, que debía acogerlos en su condición de hermanos primero o como pobres después. Nada de eso ocurre.

Y una pregunta que brota inmediatamente ¿La verdadera alegría puede nacer de la negación del ser hermano?. ¿?No es esto una locura?.

Algo de locura sí hay, pero no de enajenación, sino de la que nace de la cruz, del Misterio Pascual. Por debajo de la mera paciencia de control humano está la verdadera razón: la paciencia que pacifica es la que brota del amor de Jesús crucificado y eso sólo se da cuando te conviertes en otro Cristo.

Francisco ve su vida y la de los hermanos como una existencia pascual desde la contemplación y admiración de lo que es el misterio pascual porque ¿de dónde nace la alegría que ha transformado el mundo, sino de la resurrección de Jesús?. Y en esa contemplación descubrimos:

- La paciencia de Jesús hasta la muerte nos revela el señorío del amor, nunca vencido ni en la tortura, ni en la humillación, ni siquiera en la oscuridad del abandono del Padre.
- Una paciencia que experimentamos en nuestra vida al actuar el Espíritu Santo en nosotros, que transforma nuestros sufrimientos en consuelo para el bien de todos al identificar nuestros sentimientos con los de Cristo, siendo con él un solo cuerpo.
- La paradoja de la paz y alegría del Resucitado es que no suprime ningún dolor ni problema y permanece como roca firme misteriosamente, pues sobrepasa toda inteligencia, guardando nuestros corazones y pensamientos por medio de Cristo Jesús (Fil 4,7)
- Y podemos concluir que TODO es obra de Dios porque el santo cristiano no es un héroe del sufrimiento ni un gurú que ha logrado el nirvana.

Antes de empezar el relato de la verdadera alegría será bueno que nos hagamos algunas preguntas:

- ✓ ¿Recuerdo experiencias de amor, que aguanta y perdona, y me han llevado a una libertad interior desconocida?
- ✓ En esa situación de conflicto habitual, en la familia, el trabajo, cuando vivo en unión con Jesús, ¿no se de donde me viene esa paz, que está más allá de mi autocontrol?
- ✓ O cuando fracaso en mis mejores proyectos por el Reino o para mejorar mi vida espiritual, ¿me basta mirarlo todo a la luz de la sabiduría de la Cruz, y todo adquiere un sentido nuevo?.

EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS, UNA EXPERIENCIA MÍSTICA

Altísimo y omnipotente buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.

A ti solo, Altísimo, te corresponden
y ningún hombre es digno de pronunciar tu nombre

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
él es el día y por él nos alumbras;
y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas,

en el cielo las has formado claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua
que es muy útil y humilde y preciosa y casta

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y es bello y alegre y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la madre tierra,
que nos sostiene y gobierna
y produce diversos frutos con flores de colores y hierbas

Loado seas, mi Señor, por los que perdonan por tu amor,
y soportan la enfermedad y la tribulación.
Dichosos aquellos que las soportarán en paz,
Pues por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre vivo puede escapar.
¡Ay de aquellos que morirán en pecado mortal!
Dichosos los que encontrará en tu santísima voluntad
pues la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

“Viendo que el bienaventurado Francisco continuaba siendo duro con su cuerpo, como lo había sido siempre, y, sobre todo, que, estando perdiendo la luz de los ojos, rehusaba que se los curaran, el obispo de Ostia, que después fue papa, le hizo esta advertencia con mucho amor y compasión: "Hermano, no obras bien al no cuidar de ser ayudado en la enfermedad de los ojos, pues tu salud y tu vida son muy útiles a ti y a los demás. Si te compadeces de los hermanos enfermos y has sido siempre misericordioso con ellos y continúas siéndolo, ahora no debes ser cruel contigo, porque tu enfermedad es grave y te encuentras en una evidente necesidad. Por eso te ordeno que te dejes ayudar y curar". Dos años antes de su muerte, estando ya muy enfermo y padeciendo, sobre todo, de los ojos, habitaba en San Damián, en una celdilla hecha de esteras. Viéndole el ministro general tan afligido por la enfermedad de los ojos, le mandó que se hiciera y se dejara ayudar y cuidar; incluso le dijo que deseaba estar presente cuando el médico comenzase el tratamiento, sobre todo para que con mayor seguridad se dejara medicinar y para animarle en aquel gran sufrimiento. Pero entonces hacía mucho frío y él tiempo no era propicio para empezar la cura. Yacía en este mismo lugar el bienaventurado Francisco y llevaba más de cincuenta días sin poder soportar de día la luz del sol, ni de noche el resplandor del fuego. Permanecía constantemente a oscuras tanto en la casa como en aquella celdilla. Tenía, además, grandes dolores en los ojos S día y noche, de modo que casi no podía descansar ni dormir durante la noche; lo que dañaba mucho y perjudicaba a la enfermedad de sus ojos y sus demás enfermedades. Y lo que era peor: si alguna vez quería descansar dormir, había tantos ratones en la casa y en la celdilla donde yacía - que estaba hecha de esteras y situada a un lado de la casa -, que con sus correrías encima de él y a su derredor no le dejaban dormir, y hasta en el tiempo de la oración le estorbaban sobremanera. Y no sólo de noche, sino también le molestaban de día: cuando se ponía a comer, saltaban sobre su mesa; lo cual indujo a sus compañeros y a él mismo a pensar que se trataba de una tentación diabólica, como era en realidad. En esto, cierta noche, considerando el bienaventurado Francisco cuántas tribulaciones padecía, sintió compasión de sí mismo y se dijo: "Señor, ven en mi ayuda en mis

enfermedades para que pueda soportarlas con paciencia". De pronto le fue dicho en espíritu: "Dime, hermano: si por estas enfermedades y tribulaciones alguien te diera un tesoro tan grande que, en su comparación, consideraras como nada el que toda la tierra se convirtiera en oro; todas las piedras, en piedras preciosas, y toda el agua, en bálsamo; y estas cosas las tuvieras en tan poco como si en realidad fueran sólo pura tierra y piedras y agua materiales, ¿no te alegrarías por tan gran tesoro?" Respondió el bienaventurado Francisco: "En verdad, Señor, ése sería un gran tesoro, inefable, muy precioso, muy amable y deseable". "Pues bien, hermano - dijo la voz -; regocíjate y alégrate en medio de tus enfermedades y tribulaciones, pues por lo demás has de sentirte tan en paz como si estuvieras ya en mi reino". Por la mañana al levantarse dijo a sus compañeros: "Si el emperador diera un reino entero a uno de sus siervos, ¿no debería alegrarse sobremanera? Y si le diera todo el imperio, ¿no sería todavía mayor el contento?" Y añadió: "Pues yo debo rebosar de alegría en mis enfermedades y tribulaciones, encontrar mi consuelo en el Señor y dar rendidas gracias al Padre, a su Hijo único nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo, porque El me ha dado esta gracia y bendición; se ha dignado en su misericordia asegurarme a mí, su pobre e indigno siervo, cuando todavía vivo en carne, la participación de su reino. Por eso, quiero componer para su gloria, para consuelo nuestro y edificación del prójimo una nueva alabanza del Señor por sus criaturas. Cada día ellas satisfacen nuestras necesidades; sin ellas no podemos vivir, y, sin embargo, por ellas el género humano ofende mucho al Creador. Cada día somos ingratos a tantos dones y no loamos como debiéramos a nuestro Creador y al Dispensador de todos estos bienes". Se sentó, se concentró un momento y empezó a decir: "Altísimo, omnipotente, buen Señor..." Y compuso para esta alabanza una melodía que enseñó a sus compañeros para que la cantaran. Su corazón se llenó de tanta dulzura y consuelo, que quería mandar a alguien en busca del hermano Pacífico, en el siglo rey de los versos y muy cortésano maestro de cantores, para que, en compañía de Curso de verano 2006 50 Introducción a los escritos de Francisco y Clara de Asís algunos hermanos buenos y espirituales, fuera por el mundo predicando y alabando a Dios. Quería, y es lo que les aconsejaba, que primero alguno de ellos que supiera predicar lo hiciera y que después dé la predicación

cantaran las Alabanzas del Señor, como verdaderos juglares del Señor. Quería que, concluidas las alabanzas, el predicador dijera al pueblo: "Somos juglares del Señor, y la única paga que deseamos de vosotros es que permanezcáis en verdadera penitencia". Y añadía: "¿Qué son, en efecto, los siervos de Dios sino unos juglares que deben mover los corazones para encaminarlos a las alegrías del espíritu?" Y lo decía en particular de los hermanos menores, que han sido dados al pueblo para su salvación. A estas alabanzas del Señor, que empiezan por "Altísimo, omnipotente, buen Señor...", les puso el título de Cántico del hermano sol, porque él es la más bella de todas las criaturas y la que más puede asemejarse a Dios. Solía decir: "Por la mañana, a la salida del sol, todo hombre debería alabar a Dios que lo creó, pues durante el día nuestros ojos se iluminan con su luz, por la tarde, cuando anochece, todo hombre debería loar a Dios por esa otra criatura, nuestro hermano el fuego, pues por él son iluminados nuestros ojos de noche". Y añadió: "Todos nosotros somos como ciegos, a quienes Dios ha dado la luz por medio de estas dos criaturas. Por eso debemos alabar siempre y de forma especial al glorioso Creador por ellas y por todas las demás de las que a diario nos servimos". El así lo hizo, y lo hacía con alegría en la salud y en la enfermedad, e invitaba a los demás a que alabaran al Señor. Y, cuando arreciaban sus dolores, él mismo entonaba las alabanzas del Señor y hacía que las continuaran sus compañeros, para que, abismado en la meditación de la alabanza del Señor, olvidara la violencia de sus dolores y males. Así perseveró hasta el día de su muerte".

Sin esta información que recibimos por parte del autor de la Compilatio, sería imposible aproximarnos a un juicio que nos permita valorar la riqueza de esta experiencia hecha texto. El Cántico del hermano sol, junto con el Testamento, constituyen los escritos más individuales y personales de Francisco.

Alabanzas al Dios Altísimo

Tú eres el santo Señor Dios único,
el que haces maravillas.

Tú eres el fuerte,
tu eres el grande,
tú eres el altísimo,
tú eres el rey omnipotente;
tú, Padre santo,
rey del cielo y de la tierra.

Tú eres el trino y uno, Señor Dios de los dioses;
tú eres el bien, el todo bien, el sumo bien,
Señor Dios vivo y verdadero.

Tú eres el amor, la caridad;
tú eres la sabiduría,
tú eres la humildad,
tú eres la paciencia,
tú eres la belleza,
tú eres la seguridad,
tú eres el descanso,
tú eres el gozo y la alegría,
tú eres nuestra esperanza,
tú eres la justicia,
tú eres la templanza,
tú eres toda, nuestra riqueza a satisfacción.

Tú eres la belleza,
tú eres la mansedumbre,

tú eres el protector,
tú eres el custodio y defensor;
tú eres la fortaleza,
tú eres el refugio.

Tú eres nuestra esperanza,
tú eres nuestra fe,
tú eres nuestra caridad,
tú eres toda nuestra dulzura,
tú eres nuestra vida eterna,
grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, misericordioso Salvador

A la visión joánica de Dios como "amor", se agrega una paulina de Dios como Sabiduría en Cristo: "nosotros en cambio predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos" [1Cor 1,23-24]... Acentuando la humildad y la paciencia en el acontecimiento extraordinario de la encarnación. Con clara resonancia del himno cristológico de Filipenses 2. El Cristo humillado en la pasión no pierde la belleza, y esto es fruto de la contemplación del Alverna. El Cristo que Francisco contempla en el Serafín es el Verbo encarnado y resucitado. Francisco resume en tres sustantivos los aspectos objetivos de la visión: "Tu eres humildad, tu eres paciencia, tu eres hermosura". De este dato objetivo pasa al polo subjetivo afirmando que Él es seguridad, descanso y alegría... detrás de esos "Tú" se esconde el "yo" o el "para mi" de Francisco que vuelve a entregarse confiado en el "Tú" de Dios. Y así pasa a Dios como "nuestra esperanza", como ya lo afirmaba en la 2CtaF 62: Porque él es nuestra virtud y fortaleza, el solo bueno, el solo altísimo, el solo omnipotente, admirable, glorioso, y el solo santo, laudable y bendito por los infinitos

siglos de los siglos. Amén. De esta manera la alabanza puede seguir cantando “tu eres la justicia, tu eres la templanza”, como diciendo: Tu eres el amor que en Jesús nos vuelve justos.

I. AUTENTICIDAD DEL TEXTO DE LA VERDADERA ALEGRÍA

El texto aparecía por primera vez en una edición crítica de los escritos de san Francisco de Asís, en la edición de Kajetan Esser (1976), siguiendo el único manuscrito localizado, de la primera mitad del s. XIV, que se encuentra en la Biblioteca Nacional Central en Florencia.

Aunque la existencia de un solo manuscrito no es el mejor argumento para la autenticidad de un texto desde el punto de vista de la crítica externa, podemos decir a favor de la autenticidad de este relato su afinidad de contenido con la Admonición 5 y con un relato de 2Cel 145, LP109 y EP 64; los lugares paralelos que se encuentran en otros escritos de Francisco, aun cuando sean pocos; y lo personal e hiriente de la narración, que tiene por protagonista a un Francisco, fundador, que se siente marginado y rechazado por sus hermanos, por lo que es bastante improbable que alguno de éstos lo inventará, y ello da razón también de su escasa o casi nula difusión. Hoy es opinión común entre los franciscanistas, que éste es un texto tan profundamente franciscano en sus ideas y en el mismo desarrollo discursivo, que no cabe dudar que sea san Francisco su autor.

Vamos a ver cuatro de estas referencias: Adm 5; LP 109; EP 64 y 2Cel 145

Admonición V: Que nadie se enorgullezca, sino que se gloríe en la cruz del Señor.

¹Considera, oh hombre, en cuán grande excelencia te ha puesto el Señor Dios, porque te creó y formó a imagen de su amado Hijo según el cuerpo, y a su semejanza (cf. Gén 1,26) según el espíritu. ²Y todas las criaturas que hay bajo el cielo, de por sí, sirven, conocen y obedecen a su Creador mejor que tú. ³Y aun los demonios no lo crucificaron, sino que tú, con ellos, lo crucificaste y todavía lo crucificas deleitándote

en vicios y pecados. ⁴¿De qué, por consiguiente, puedes gloriarte? ⁵Pues, aunque fueras tan sutil y sabio que tuvieras toda la ciencia (cf. 1 Cor 13,2) y supieras interpretar todo género de lenguas (cf. 1 Cor 12,28) e investigar sutilmente las cosas celestiales, de ninguna de estas cosas puedes gloriarte; ⁶porque un solo demonio supo de las cosas celestiales y ahora sabe de las terrenas más que todos los hombres, aunque hubiera alguno que hubiese recibido del Señor un conocimiento especial de la suma sabiduría. ⁷De igual manera, aunque fueras más hermoso y más rico que todos, y aunque también hicieras maravillas, de modo que ahuyentaras a los demonios, todas estas cosas te son contrarias, y nada te pertenece, y no puedes en absoluto gloriarte en ellas; ⁸por el contrario, en esto podemos gloriarnos: en nuestras enfermedades (cf. 2 Cor 12,5) y en llevar a costas a diario la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf. Lc 14,27).

2Cel 145. Viendo que había quienes aspiraban a prelacías (cf. 1 Cel 104), de las cuales ya la ambición misma -sin mentar otras cosas- los hacía indignos, solía decir que esos tales no eran hermanos menores, sino que habían perdido la gloria por haber olvidado la vocación a la que eran llamados. Y confutaba en frecuentes pláticas a algunos -dignos de compasión- que llevaban a mal ser removidos de sus oficios, cuando lo que buscaban no era la carga, sino el honor. Y una vez dijo a su compañero: «No me parece que sería hermano menor si no tuviera la disposición que te describiré. Voy, por ejemplo -añadió-, al capítulo como quien es prelado de los hermanos; predico; amonesto a los hermanos; y cuando termino replican: "No nos conviene un iletrado y depreciable; por tanto, no queremos que tú reines sobre nosotros, porque tú no sabes hablar y eres un simple e ignorante". Y, por último, teniéndome todos por vil, me echan afrentosamente. Te aseguro que, si no oyere estas palabras con el habitual semblante, con la acostumbrada alegría, con idéntico propósito de santidad, no soy, no, hermano menor» (21). Y añadía aún: «En la prelación acecha la caída; en la alabanza, el precipicio; en la humildad de súbdito, la ganancia del alma. ¿Por qué aplicarnos, pues, más a los peligros que a las ganancias, siendo así que hemos recibido el tiempo para ganar?»

LP 109. Retrato del verdadero hermano menor. Como se aproximaba la celebración del capítulo que se había de celebrar junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, el bienaventurado Francisco dijo un día a su compañero: «No me consideraré hermano menor mientras no tenga lo que te voy a decir: piensa que los hermanos vienen con gran devoción y veneración a visitarme y me invitan al capítulo, y yo, conmovido por su devoción, voy al capítulo con ellos. Estando todos reunidos, me piden que anuncie la palabra de Dios a toda la asamblea. Me levanto y hablo según me inspira el Espíritu Santo. Supongamos que al término de mi sermón reflexionan y se levantan contra mí, diciendo: "No queremos que reines sobre nosotros, no tienes elocuencia, eres muy simple; nos avergonzamos de tener por superior a uno tan simple y despreciable; en adelante no tengas la pretensión de decir que eres nuestro prelado". Y me desprecian y me expulsan del capítulo. Pues bien, no me consideraría hermano menor si no me siento tan gozoso cuando me vilipendian y me arrojan vergonzosamente porque no me quieren de superior, como cuando me honran y veneran, a condición de que el provecho de ellos sea igual en entrambos casos. Pues, si me congratulo de su aprovechamiento y devoción cuando me exaltan y honran -que en esto puede correr peligro mi alma-, más he de alegrarme y regocijarme, por mi aprovechamiento y el bien de mi alma cuando me vituperan y arrojan vergonzosamente, ya que esto es para mí una ganancia».

EP 64. Cómo describió el estado de la perfecta humildad en sí mismo. Al acercarse la celebración de un capítulo (cf. LP 109), el bienaventurado Francisco dijo a su compañero: «No me parece que soy hermano menor si no tengo las disposiciones que te diré: suponte que los hermanos me invitan al capítulo con gran reverencia y devoción; llevado de este afecto, me reúno en el capítulo con ellos. Y, una vez reunidos, me instan a que les anuncie la palabra de Dios y les predique. Yo, poniéndome en pie, les dirijo la palabra según me inspire el Espíritu Santo. Luego, acabada la predicación, supongamos que todos gritan contra mí: "No queremos que tengas mando sobre nosotros, pues no tienes la elocuencia conveniente; eres, en cambio, demasiado simple e ignorante, y nos avergonzamos de tener por prelado a un hombre tan simple y

despreciable. Así que no te llames en adelante prelado nuestro". Y, con esto, me echan entre vituperios y denuestos. Pues mira, yo te digo que no me parecería ser hermano menor si no me gozo en igual forma cuando me desprecian y rechazan afrentosamente diciendo que no quieren tenerme por prelado, como cuando me enaltecen y honran, siempre supuesto que en un caso y en otro quedan igualmente a salvo el provecho y utilidad de los hermanos. Pues si, cuando me enaltecen y honran, me alegro por su bien y devoción, aunque pueda haber peligro para mi alma, mucho más debo alegrarme por el bien y la salvación de mi alma cuando me vituperan, puesto que en esto hay ganancia cierta del alma».

2. ORIGEN Y CRONOLOGÍA

Es opinión bastante generalizada que nada puede asegurarse sobre el origen, tiempo y circunstancias de este relato, y la gran mayoría de los críticos que se atreven a darle un peso cronológico tienden a colocarla en el último periodo de la vida de Francisco, aunque sin precisar más.

Estos intentos de datar el relato coinciden en los mismos hechos:

- ✓ Paul Sabatier, iniciador de los estudios críticos sobre las fuentes franciscanas, y algunos otros, consideran que el texto pudiera hacerse eco de una narración-escenificación hecha por Francisco en un Capítulo de los Hermanos Menores, en el que puso de manifiesto su disconformidad con el rumbo que estaba tomando la Orden.
- ✓ C. Paolazzi, en la edición de *Fonti Francescane* (2004) considera probable que La verdadera alegría "responda a la gravísima tentación del espíritu sufrida durante dos años por Francisco, roto por la duda de sentirse progresivamente marginado por una Fraternidad demasiado crecida en el número, en la cultura y los planes de actuación".
- ✓ El mismo Paolazzi en su edición crítica de los escritos de san Francisco de Asís (2009) considera probable la datación del texto en los años 1221-1223,

es decir con ocasión de la crisis sufrida por el santo a su regreso de Oriente, como fruto de la crisis de crecimiento y de identidad que sufre entonces su Fraternidad, y del proceso de "normalización" de la misma, en línea con las viejas Órdenes religiosas, puesto en marcha durante su ausencia (1219-1220)".

- ✓ También en la reciente edición francesa de los escritos y biografías de san Francisco coordinada por Jacques Dalarun, el texto de La verdadera alegría se pone en relación con la crisis del grupo en el paso de Fraternidad a Orden en torno a 1220, aduciendo para ello el hecho de que el texto nos ha llegado a través del hermano Leonardo, compañero de Francisco a su regreso de Oriente, y que las cuestiones que éste afronta en la primera parte del relato son las mismas que tuvo que afrontar a su regreso de Palestina".
- ✓ En este mismo contexto general, con posterioridad a la renuncia de Francisco a ser Ministro General de su Fraternidad, lo coloca Cesare Vaiani, confesando, por otra parte, la imposibilidad de una datación segura del texto, al que reconoce como autobiográfico y eco de la evolución de la Fraternidad en los años de 1220 a 1224".
- ✓ Francis Delmas-Goyon, a partir del análisis del contenido del texto afirma que la convergencia de una serie de datos permite colocar La verdadera alegría entre 1220 y 1225, y, muy probablemente en 1224-1226, en relación con la crisis de Francisco, de la que hablan las fuentes biográficas como una "gran tentación", que, a partir de algunos de los datos que éstas aportan la tristeza, el llanto la huida de los demás, ...), él piensa que fue probablemente una depresión".

Y esto es algo constatable. Ante el empeoramiento de la enfermedad de los ojos, Elias manda al santo se deje curar por los médicos, y con tal fin determinó llevarlo a Rieti a un renombrado médico de la ciudad. Antes de emprender el viaje, en la primavera de 1225, Francisco pasa a San Damián, buscando probablemente la

cercanía y los cuidados de Clara y las hermanas y de sus compañeros más queridos que sirven a la comunidad.

Un ataque de conjuntivitis tracomatosa lo retuvo allí unos cincuenta días, encerrado en un lugar oscuro para verse libre de la luz, que le producía un grandísimo sufrimiento; y allí, después de que una voz interior le invitara a la mayor de las desapropiaciones -la desapropiación de su Fraternidad- y le devolviera la paz asegurándole la gracia del reino, brotó de su corazón la primera parte del Cántico de las criaturas y, presumiblemente, también la estrofa del perdón; y en las mismas circunstancias compuso la Exhortación cantada para Clara y sus hermanas, textos que parecen reflejar el momento en el que “aunque es de noche” se abre paso decididamente la verdadera alegría.

EXHORTACIÓN CANTADA A SANTA CLARA Y SUS HERMANAS.



Escuchad, pobrecillas, por el Señor llamadas,
Que de muchas partes y provincias
habéis sido congregadas.

Vivid siempre en la verdad
para morir en obediencia.
No miréis a la vida de fuera,
porque la del espíritu es mejor.

Yo os ruego con gran amor
que administréis con discreción las limosnas
que os dé el Señor.

Las que se hallan afligidas por enfermedad
y las otras que os esforzáis por atenderlas,
todas por igual soportadlo todo en paz.

Que sean altamente caras vuestras fatigas,
ya que cada una será reina en el cielo coronada con la Virgen María.

2. EL RELATO DE LA VERDADERA ALEGRÍA

El texto tiene dos partes y una conclusión, pero entre ellas hay una unidad, que se la da, en primer término, el tema central, el de la verdadera alegría, y, luego, la continuidad que, según creo, existe entre los hermanos de la primera parte y sus motivos de alegría y la comunidad de la Porciúncula y sus modos de vida, de la parte segunda, como se explicará en lo que sigue.

- ⊕ La primera trata de lo que no es verdadera alegría
- ⊕ La segunda, que aborda el tema de qué es la verdadera alegría
- ⊕ La conclusión plantea el camino hacia la verdadera alegría

PRIMERA PARTE: QUÉ NO ES LA VERDADERA ALEGRÍA

En estilo narrativo, muy directo, haciendo intervenir a un mensajero ficticio, va exponiendo unos hechos que nunca han ocurrido como son narrados, que no son históricos, pero que en modo alguno podemos considerarlos ajenos a la historia.

En esa narración de fantasía, y en que sin embargo se refleja la historia que fue, Francisco va aludiendo a hechos reales y a sentimientos con que algunos hermanos –no sabemos en qué grado se haya de generalizar este dato– los están viviendo. Francisco hace una valoración, directamente de las alegrías que muestran los hermanos por lo que el mensajero les anuncia e indirectamente de las que experimentan sus hermanos reales, y emite un juicio acerca del sentido de las mismas; se pronuncia diciendo: “No es verdadera alegría”.

El eje central del texto lo marca esta pregunta: “Cuál es la verdadera alegría”; pero el interés máximo de Francisco no es el de dilucidar una cuestión doctrinal o teórica; si quiere analizar en qué consiste la verdadera alegría es por tener

un criterio que le aclare si las pautas que dirigen a sus hermanos respecto de la vocación son correctas o no. Como siempre, a Francisco le interesa la vida, la suya y la de sus hermanos. La reflexión sobre la verdadera alegría le va a servir para discernir si lo que anhelan y buscan sus hermanos respecto de su vocación y la de la Orden se ajusta o no al Evangelio, cuya observancia han prometido.

El texto tiene la forma de un relato, pero continuamente interrumpido, en su primera parte, por una alusión al tema de la verdadera alegría. En las pocas líneas que la componen aparece la mención a la verdadera alegría cuatro veces. Ésta es la pregunta que se hace y que formula al hermano León: "¿En qué consiste la verdadera alegría?" Pero repito: no pretende hacer una disertación académica en que se busque una doctrina expuesta con precisión y claridad; mediante el mensajero, con un lenguaje inmoderado y en un tono enfático, presenta unos hechos irreales, fantásticos, que aluden, probablemente, a otros hechos reales del mismo género y de menor relieve y que, por lo que significan para la Orden, están produciendo entre los hermanos una satisfacción parecida a la que sienten los que escuchan los relatos del mensajero.

Va a hablar de unos hermanos innominados cualesquiera, a los que ni siquiera localiza. Es inútil hacer conjeturas, porque la escena es puramente imaginativa. El único dato que da, absolutamente impreciso, es que "el mensajero llega". Pero no importa el lugar al que llega. Lo que sí importa es el contenido de su mensaje, acogido con ilusión y entusiasmo por un grupo de hermanos, y ante el que Francisco expresa su disconformidad porque cree que las noticias, por las que los hermanos se alegran, se refieren a hechos que son, cuando menos ambiguos, y no se merecen la euforia que muestran. Lo que Francisco quiere es que los hermanos se guíen por criterios evangélicos y no puramente humanos y naturales; para Francisco, no es criterio suficiente ni correcto para alegrarse el que una cosa simplemente caiga bien a uno, ya que los motivos, por los que se acepta, pueden alterar el valor de una conducta o unos hechos.

El sentimiento de la alegría o su contrario, el de la tristeza, suelen acompañar a nuestros comportamientos personales o se experimentan ante hechos que nos afectan. Son formas de mostrar sintonía o su contrario con lo que produce esos sentimientos e, indirectamente, la aprobación o desaprobación de lo que ocurre en nosotros o en el área en que se encuentran nuestros intereses.

La alegría por lo que la produce indica la valoración positiva que hacemos de ello. Cuando algo que hacemos nos parece espontáneamente bueno o nos gusta, nos alegramos de haberlo hecho; o nos alegra el compartir lo que ocurre en nuestro derredor y responde a nuestros gustos o intereses. Y fácilmente convertimos esa alegría espontánea en criterio moral: es bueno lo que nos gusta y nos produce alegría, pudiendo incluso llegar a sentir que algo es bueno porque nos gusta y rehuimos lo que nos produce desazón, tristeza o sentimientos de este género, al no saber que también todo esto puede tener su lado positivo. Francisco viene a decirnos en el texto, de que nos vamos a ocupar, que esa alegría espontánea no es de suyo pauta de conducta cristiana ni garantía del valor evangélico de hechos, en los que estamos implicados. Se trataría de una falsa alegría. La calificación de verdadera o falsa alegría está expresando directamente que dicho sentimiento es aceptable o no lo es; pero, ¿desde qué perspectiva?.

Francisco no dice que no sea bueno alegrarse; lo que sugiere es que, cuando una persona hace una opción de vida cristiana, adopta criterios de valoración inspirados en el evangelio, siendo éstos los que para dicha persona determinan lo que es bueno, lo deseable y lo que es motivo de alegría. Según Francisco, el evangelio debe marcar en los que deciden seguirlo las pautas, las preferencias, los gustos, las aspiraciones, las conductas. Por consiguiente, cuando se pronuncia diciendo: "Eso no es verdadera alegría", está diciendo que el hecho del que se deriva ese sentimiento no es cristiano y evangélicamente justificable. Está queriendo afirmar que puede mantenerse una coherencia entre el evangelio y la vida y que esa coherencia puede ser motivo de gozo y que el gozo sentido es falso cuando esa coherencia no se da en

quien se ha propuesto vivirla. Se ha de gustar la vida coherentemente con las opciones fundamentales humanas y creyentes.

Lo importante es la mirada y que se encauce la vida de acuerdo con lo que uno ve y quiere. El cómo mira, hacia dónde mira y desde dónde mira Francisco la propia realidad y la que le rodea es lo que le lleva a unas valoraciones concretas; esta mirada es la que le permite emitir un juicio sobre sí mismo y sobre los hechos que acaecen en su entorno y le afectan.

[1] LOS HECHOS QUE NARRA EL MENSAJERO EN LA PRIMERA PARTE.

Lo que Francisco está sugiriendo y pone en boca del mensajero es lo siguiente: La Orden se encuentra en un momento de esplendor y reconocimiento, según lo muestran los siguientes hechos (que no lo son):

- Todos los maestros de París se hacen hermanos menores. Se refiere a los grandes maestros-profesores de la Universidad de París, que en el siglo XIII marcaba la pauta de la Europa cultural y era considerada «la escuela de las escuelas y madre del saber». Los maestros representarían a lo más selecto en el campo de la cultura de todo el mundo.
- Se incorporan a la Orden todos los prelados ultramontanos (todos los países que, en relación con Italia, estaban más allá de los Alpes), arzobispos y obispos, como también el rey de Francia y el de Inglaterra (que representaban a los dos reinos –no alude al emperador– de mayor importancia en la Europa del momento).
- Los hermanos (dice: “Mis hermanos”) han ido entre los infieles y han hecho la obra maravillosa de convertirlos a todos a la fe.
- Francisco, el fundador de la Orden, ha recibido de Dios tanta gracia que sana enfermos y hace muchos milagros.

¿Qué representan estos mensajes?. El que, exagerando, diga Francisco que todos los maestros de París, todos los obispos y arzobispos ultramontanos se han adherido a la Orden significa la importancia que todos ellos han dado a la Orden y la que ésta adquiere al incorporarse a la misma tantos intelectuales del mundo y tantas y tan notables autoridades de la Iglesia. En el fondo probablemente se está sugiriendo que, siendo las cosas tal como las ha contado el mensajero, sólo Dios puede ser la razón de que la Orden llegue a semejante grandeza y prestigio; y si al poder de Dios se debe que la Orden haya llegado a esa cima, ¿cómo no advertir en esto las preferencias de Dios?. No hay Orden que se le parezca; ha atraído a los sabios de la universidad más importante, que no han encontrado institución que se asemeje; no hay grupo en la vida religiosa que posea un saber comparable al de los franciscanos. Y además obispos y arzobispos de casi todo el mundo se han entregado a la Orden de los hermanos menores. ¿Qué otra institución brilla como ella?. Y para revestirla del máximo honor, añade otro elemento: los reyes de Francia e Inglaterra han vestido también el hábito franciscano. Nadie podía exhibir algo semejante. Los hermanos menores podían sentirse felices. Los intelectuales, los obispos, los reyes representan a todos los estamentos sociales notables de la época.

Y además la Orden se había distinguido por el éxito pastoral logrado en el campo misionero; los hermanos, que habían ido entre los infieles, había conseguido los resultados más impresionantes al haber atraído a todos ellos a la fe. ¿Qué grupo podía decir de sí que hubiera cumplido el mandato de Cristo de hacer discípulos suyos a los hombres de todo el mundo? ¡Ningún otro grupo humano tenía tantos motivos de alegrarse!. Los hermanos estaban satisfechos.

Y para que no quedara ni una sombra, Francisco añade un detalle muy sorprendente: atribuye al mensajero estas palabras: “yo he recibido de Dios tanta gracia, que sano enfermos y hago muchos milagros”. Todo estaba preparado por Dios; la Orden era en aquel momento la obra divina por antonomasia. Francisco era un claro reflejo de Dios, un privilegiado de Dios y un taumaturgo... Resulta muy chocante que Francisco ponga estas palabras en boca del mensajero. Este tipo de comentarios

molestaron probablemente un tiempo a Francisco; pero seguramente aprendió a no darles importancia y a reírse un tanto de ellos; pudo llegar incluso a bromear con el tema, y a tratarlo a chacota. Lo que seguramente muestra esta postura de Francisco es lucidez y un notable grado de madurez; ha aprendido a mirarse al fondo y a ver con honradez su propia realidad, y a relativizar las opiniones humanas valorando sólo el juicio de Dios. Como si dijera: "Os empeñáis en que yo sea una gran figura, adornada por Dios de aspectos maravillosos; me queréis conocido y reconocido por las fuerzas espirituales de que se sido dotado, porque estoy animado por el poder de Dios. Y os alegráis por ello. Pues bien, aun cuando esto fuera verdad, en ello no estaría la verdadera alegría".

Francisco sabe que se está inventando lo que hace escribir al hermano León. No le preocupa que sea falso lo que dice. Busca dar fuerza a sus afirmaciones y cree que lo mejor para ello exagerar los hechos, para poder decir que ni siquiera siendo éstos tan espectaculares está justificada la alegría con que los hermanos los celebran. Sabe que los hechos son falsos, pero le importa menos dar una versión correcta de los mismos que el corregir las actitudes y los sentimientos que viven los hermanos, y con los que no está en absoluto de acuerdo. De forma tajante se pronuncia Francisco: "Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría". A Francisco le interesa más el corazón de los hermanos que los éxitos que éstos consigan, le interesa más el evangelio que cualquier grandeza humana, la limpieza del corazón que cualquier reconocimiento humano. El relato viene a decir que a Francisco le causaban preocupación los éxitos de los hermanos y la Orden si con ellos se iban a cultivar vanidades vacías y orgullos.

2.- LOS HECHOS REALES A LOS QUE ESTÁ ALUDIENDO FRANCISCO

Dicho esto, podemos preguntarnos: ¿Cuáles pudieron ser los hechos reales que permitieron a Francisco fantasear de modo tan extravagante y coherente y

que dieron pie a que los hermanos se alegraran de un modo impropio, según él?. Identificando los hechos que pudieron ser la razón de este breve escrito, nos percataremos del sentido del pronunciamiento de Francisco.

- ⊕ *Ya hacía tiempo que en la Orden habían ingresado personas intelectualmente bien preparadas.* Por no citar más que a hermanos muy conocidos entre los franciscanos de primera hora, podemos mencionar a Tomás de Celano, el hermano Elías, Cesáreo de Espira, los cuatro maestros de París, ingleses de origen, entre ellos Haymon de Faversshan (que será ministro general dentro de poco), que tomaron el hábito en 1224... Estos hechos y otros similares fueron creando, en ciertos ambientes, un sentimiento de gozo y contribuyeron a que hubiera hermanos que se alegraran de los pasos dados y pensarán en el futuro que les esperaba, en el papel que podrían representar en la Iglesia, con el riesgo, quizás, de olvidar que su vocación estaba marcada por el evangelio y expresada en el título de "hermanos menores" y que consistía en "seguir a Cristo pobre y humilde".

- ⊕ *No siempre los hermanos habían sido aceptados por los obispos en sus diócesis.* En ocasiones algunos habían creído conveniente el amparo papal para protegerse de la prevención, desatención o rechazo de ciertos obispos; vivir a la intemperie les resultaba muy duro; y hubo veces en que los papas salieron a defenderles. Pero cuando se desplegaron hacia Francia, Alemania e Inglaterra, no fueron raros los obispos que les mostraron simpatía y afecto y esto agradó sin duda a más de un hermano. Esto pudo dar pie a Francisco para pensar en lo bien que a algunos hermanos caería el que muchos obispos y arzobispos no sólo les acogieran sino el que se incorporaran a la Orden.

- ⊕ *De igual manera, se dio también el hecho de la buena acogida de hermanos por parte de ciertos señores poderosos en sus territorios;* Tal vez, los hermanos tuvieron conocimiento de ciertos favores recibidos de los reyes de Francia e Inglaterra (esto supondría que el texto es posterior a la presencia de los

hermanos en Inglaterra, en 1224) cuando ellos llegaron a sus tierras... Una forma de llevar al extremo estas experiencias podía ser suponer que dichos reyes, como demostración de su afecto por la Orden, tomaron el hábito franciscano. Sería para cierto sector de hermanos un gran honor y una inmensa satisfacción...

⊕ *Fue también verdad que los hermanos marcharon a tierras de infieles o de cristianos que les acogieron mal e incluso les maltrataron.* Ya en la primera Regla se hablaba de los hermanos que iban entres los sarracenos (1R 16); en la segunda hay un capítulo titulado: "los que van entre sarracenos y otros infieles" (2R 12); lo que indica que la actividad misionera no era en la Orden algo meramente circunstancial. El año 1220 tuvo lugar la muerte de los protomártires en Marruecos, y fue la razón por la que Antonio de Lisboa, dejando a los agustinos, pasó a ser franciscano; es posible que dicho martirio hubiera enorgullecido a más de un hermano y que Francisco se lo reprochara con estas palabras: "*las ovejas del Señor le siguieron en la tribulación y en la persecución, en la vergüenza y en el hambre, en la debilidad y en la tentación, y en todo lo demás, y por ello recibieron del Señor la vida eterna. Por eso es grandemente vergonzoso para nosotros, los siervos de Dios, que los santos hicieron las obras y nosotros, con referirlas, queremos recibir gloria y honor*" (Adm VI, 2-3). En el capítulo de 1221, a invitación del propio Francisco, se alistaron voluntariamente unos noventa hermanos para marchar a tierras alemanas, consideradas semejantes a los países ultramarinos, es decir, paganos. La vocación misionera era muy valorada y los éxitos obtenidos eran probablemente motivo de una cierta vanidad; puede que entonces, y con el fin de corregir estos sentimientos asociados a los éxitos pastorales de la Orden, hiciera esa suposición imaginaria de que los hermanos habían convertido a la fe a todos los infieles para decir que ni siquiera en tal caso ésa era verdadera alegría.

⊕ *Otro de los motivos por los que algunos hermanos se envanecían era el de la fama de santidad del propio Francisco.* Había sin duda hermanos que tenían

dificultades en el trato con Francisco, pero no eran pocos los que, a juzgar por testimonios repetidos de las biografías, se sentían orgullosos de las cualidades sobrenaturales que resplandecían en el fundador de la Orden. Al fin de cuentas la grandeza del fundador honra al grupo de sus seguidores y éstos se sienten ensalzados cuando se cantan las glorias del que inició el camino. ¿No es ésta la lógica que preside tantas veces el interés por canonizar a un fundador?

En el fondo, el texto de “la verdadera alegría” está aludiendo a hermanos reales que están viviendo la emoción de una alegría real por hechos que son también reales. Es como si entre los hermanos hubiera quienes dijeran: *“Qué bien! Qué importantes nos vamos haciendo. La Orden pesa en la Iglesia y somos estimados; nuestro trabajo cuenta. Estamos vinculados a los que ocupan puestos primeros en la Iglesia y en la sociedad. Y qué éxitos pastorales los nuestros! Somos bien vistos y nuestro fundador es considerado santo”*. Y todo esto podía acabar en un acto de agradecimiento al Señor: *“Gracias, Dios nuestro, porque te has mostrado grande en nosotros”*.

Francisco, a quien gustaban planteamientos limpios, era consciente de la ambigüedad de las valoraciones que suponen estas muestras de alegría. Atento a la situación, quiere que sus hermanos sean muy cuidadosos en no sucumbir a la tentación de buscar reconocimiento y aceptación, poder, éxito, gloria, aplausos, grandezas...

- ¿La vocación cristiana, como la entendía Francisco, no estaba vinculada a la minoridad?
- ¿Sus hermanos no se habían comprometido a ser “menores”?
- ¿Su campo no era el de los leprosos, los marginados, los necesitados...?
- ¿No se habían comprometido a “empeñarse en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo” y a “gozarse cuando conviven con gente baja y despreciada, con los pobres y débiles, con los

enfermos y leprosos y con los mendigos que están a la vera del camino" (1R 9,1.2)?

Francisco es consciente de que incluso por motivos espirituales puede uno alegrarse falsamente, como puede uno desviarse de Dios teniendo la satisfacción de hacer oración y de practicar el ayuno y la limosna. Incluso haciendo obras valoradas positivamente, puede uno apartarse de la vocación; incluso haciendo obras buenas. Hasta puede uno ser malo practicando bondades. Los hermanos tenían idénticos peligros a los de los cristianos de siempre y de toda condición.

Que estas formas de ver y de sentir pudieran estar presentes en los inicios de la Orden, pese incluso a las llamadas de atención de Francisco, lo prueba el relato de San Buenaventura cuando explica el origen de la Orden: *"No te impresione el hecho de que los hermanos al principio fueron simples e iletrados; más bien esto debe confirmar en ti la fe en la Orden. Confieso ante Dios que lo que a mí me hizo amar sobre todo la vida de san Francisco es el hecho de que la Orden es semejante a la Iglesia en sus comienzos y en su perfección. La Iglesia al principio comenzó por unos simples pescadores y progresó luego hasta tener doctores famosísimos y valiosísimos; lo mismo puedes ver en la Orden de san Francisco, y es así como Dios muestra que ella no ha sido fundada por la prudencia de los hombres sino por Cristo; y ya que las obras de Cristo no vienen a menos sino que progresan, se demuestra que esta obra fue divina por el hecho de que hombres sabios no desdeñaron el adaptarse a la compañía de hombres sencillos"* (Buenaventura, Epistola de tribus quaestionibus, in Opera omnia VIII, p. 336ab). No sé si san Buenaventura conoció el texto de La verdadera alegría, pero su pensamiento parece estar más cerca de los hermanos reprochados en el texto que con el mismo Francisco. Me parece muy dudoso que Francisco pudiera sentirse identificado en su pensamiento y su sentir con las palabras de Buenaventura; no creo que para él la fase de la sencillez y simplicidad fuera un momento que hubiera que soportar mientras no pudieran alcanzar otros niveles de grandeza, prestigio y poder.

3.- APLICACIONES A NUESTRA VIDA REAL

No es fácil que la exposición que hace Francisco nos sirva a nosotros en sí misma para examinar nuestros comportamientos, aspiraciones, actitudes, reacciones, sentimientos, etc. En el momento actual de nuestra historia, no podríamos aludir a hechos análogos a los del texto, ya que nuestra situación es de signo contrario. En general, la Orden hoy no está en condiciones de celebrar éxitos en la línea de los que tuvieron lugar en época de Francisco. Estamos en época que consideramos de decadencia; en buena parte de la Orden apenas se tiene la ocasión de celebrar una toma de hábito o una profesión; más frecuentes son las defunciones que las nuevas incorporaciones, la clausura de casas antiguas que la apertura de otras nuevas, etc. Tal vez hoy tendríamos que preguntarnos por los sentimientos con que vivimos los hechos que se nos imponen o los desafíos que nos presenta el momento presente.

- ✓ ¿Por qué nos entristecemos? (Nuestras tristezas están indicando seguramente por qué nos alegramos)
- ✓ ¿Están justificadas nuestras tristezas?. ¿Lo están por la pobre valoración que se hace de nuestra vida?. ¿Nos entristece el que no haya quienes quieran seguir nuestros pasos?
- ✓ ¿Qué significado tienen nuestros pesimismo, miedos...?
- ✓ ¿No nos tendrían que alegrar los nuevos desafíos que nos presenta la vida y el momento actual...? ¿Y las nuevas posibilidades de editar hoy lo inédito franciscano?
- ✓ ¿No deberíamos alegrarnos porque la situación de hoy nos da una posibilidad mayor de vivir más auténticamente los valores franciscanos?
- ✓ ¿No es gozosa novedad el que en la Iglesia tengamos una significación humilde en consonancia con la minoridad que consideramos característica nuestra?
- ✓ ¿No es motivo de alegría el que en la Orden contemos más como personas y el que se haya relativizado el valor de la institución, el que se valore hoy más que

en otros tiempos la libertad, el que se subraye más el valor del servicio a los que en la sociedad más necesitan...?

- ✓ ¿Somos víctimas de espejismos que nos llevan a identificar el ser grandes, reconocidos con la creencia de que cumplimos mejor nuestra vocación?
- ✓ ¿Qué papel ha tenido el tiempo en mi vida, en mi proyecto de comunidad o familiar, en mis posturas en la Iglesia, en mi comunidad parroquial?. ¿Me ha ayudado a madurar o ha servido para una pérdida respecto a mi vocación?

Segunda parte: En qué consiste la verdadera alegría

Esta segunda parte contiene una introducción, el cuerpo del relato y la conclusión. El lenguaje es figurado en la introducción, narrativo en el cuerpo central, doctrinal en la conclusión. La narración contiene alusiones a hechos de cuya historicidad no nos consta pero que algo deben revelar de la situación que se va creando entre los hermanos.

La comunidad a que se refiere, la de Santa María de los Ángeles, es presentada como un grupo que comparte los criterios y la lógica de los hermanos de los que habla la primera parte. Como contrapunto, está la figura de Francisco, que muestra abiertamente su desacuerdo respecto al sentir de esa ficticia comunidad de la Porciúncula.

En la primera parte Francisco ha imaginado un cuadro de hechos sorprendentes nunca acaecidos, a los que, también imaginariamente, acompañaba la alegría de los hermanos. Francisco aparece replicando a las palabras del mensajero con concisión y fuerza que tales hechos no justifican la alegría que experimentan esos hermanos y que, por tanto, esa alegría no es verdadera. Podrán los hermanos sentirse satisfechos de los favores que se les otorgan, de las metas alcanzadas, del poder que

han conseguido en la Iglesia y en la sociedad, pero estos motivos no son suficientes, según Francisco, para que uno, que opta por una vida cristiana, se alegre.

La segunda parte la comienza haciéndose la pregunta: “**Pero, cuál es la verdadera alegría?**”. Francisco traía el discurso ya preparado en su integridad; lo había pensado; habiéndose percatado de cómo sentían ciertos hermanos, quedó preocupado por lo que esto significaba y quiso expresar su modo de ver aquella situación y mostrar que la vocación la concebía de manera totalmente distinta.

Esta segunda parte es más compleja que la primera. Está dividida:

1º. una **introducción**

2º. **el cuerpo central**, en que se cuentan el modo de concebir los hermanos la vida en Santa María de los Ángeles, sus criterios, sus lógicas, sus aspiraciones, sus actitudes y reacciones y el modo en que Francisco, como contrapunto, muestra cuál es su proyecto y el de sus seguidores

3º. **una conclusión**, en la que apunta en qué consiste la verdadera alegría.

A través de estos tres apartados probablemente quiere decir Francisco que, si en la Orden dominaran, en lugar del evangelio y su atractivo, otras fuerzas y criterios configuradores, como pueden ser los indicados en la primera parte, podría llegarse al olvido del proyecto inicial de la Fraternidad, creándose un peligro real la prevalencia del interés por la grandeza y el poder; y acaso ciertas reacciones entre los hermanos daban a entender que los mencionados criterios estaban ya más o menos presentes y que era necesario corregirlos y extirparlos. La narración que Francisco hace viene a ser una llamada de atención respecto a ciertos comportamientos al mismo tiempo que una defensa de los valores contrarios, con los que Francisco se identifica.

1º. INTRODUCCIÓN: EL SENTIDO FRATERO LLEVA A FRANCISCO A SUS HERMANOS

Francisco viene de Perusa a la Porciúncula, Santa María de los Ángeles. Habla de forma figurada y valiéndose de metáforas, dando a entender que se siente distante de ese sector de la Orden, al que ha aludido en la primera parte y al que, en el texto, representa la comunidad de Santa María de los Ángeles. Ha sido una

caminata difícil. Ha hecho un recorrido de unos 23 kilómetros y está cansado; habrán sido unas siete u ocho horas de camino. Es invierno. Ha llovido y hace mucho frío. Mojado, embarrado, lleva las piernas heridas por el roce de los bordes de la túnica congelados. En estas condiciones llega a la Porciúncula siendo ya de noche. Sólo busca acercarse a los hermanos y compartir con ellos.

¿Es ésta una descripción que no está en nada conforme con la realidad y en la que sólo ha buscado endurecer el cuadro para hacer más fácil la conclusión a que quiere llegar? O, ¿los datos que presenta aluden de alguna manera a la vida personal del propio Francisco y a la de la comunidad, las que fueron, o, cuando menos, están apuntando a los peligros que amenazan si se siguen los deseos, cuyo cumplimiento produce las alegrías que enumera el mensajero en la primera parte?. Seguramente hace alusión a esta última situación.

El traslado de Perusa a Asís tiene seguramente un sentido figurado, como pueden tenerlo el que sea invierno, esté de noche, hiele, la túnica le haga daño y le hiera... Es posible que Francisco esté aludiendo a problemas concretos, a posibles decepciones, a fracasos, sufrimientos, a gestos tal vez de frialdad y dureza para con él por parte de más de un hermano; o que, también figuradamente, aluda a los sufrimientos que podrían derivarse de que los hermanos se apartaran de los caminos evangélicos.

Pero el que Francisco se esfuerce en acercarse a Asís puede querer decir que ninguna dificultad va a poder apartarle de su condición de hermano de sus hermanos, porque sabe que le es irrenunciable el que Dios sea su Padre. Espera ser acogido y "llama a la puerta" con confianza.

2º. El cuerpo central: fidelidad y desviaciones

Hay, sin duda, mucho de ficción en este relato, pero también no poco de historia y hasta de autobiografía. Estamos ante un texto que no lo podemos considerar histórico en sus pormenores, pero que, tampoco extraño del todo a la

historia real. Necesitamos probablemente de buen sentido para no exagerar haciendo una lectura excesivamente realista; pero nos hará falta también perspicacia para darnos cuenta de que en lo que Francisco relata hay un reflejo de lo que sucedió y de lo que le sucedió.

Vamos a verlo por partes, por escenas:

PRIMERA ESCENA

Aparecen en escena **dos personajes: Francisco y el portero**. Éste representa a la comunidad, que está compuesta por el tipo hermanos que han aparecido en la primera parte. Francisco se representa a sí mismo y a cuantos se identifiquen con su proyecto de vida.

La comunidad de Santa María de los Ángeles, en sintonía con quienes se alegraban de motivos no evangélicos y de quienes en el relato parecen ser continuadores, es arrastrada por apetencias más que por principios, y anhela, como ellos, brillo, reconocimiento, poder, grandeza, prestigio, éxitos, y se desliza hacia una vida muy concreta en la que se imponen concepciones, comportamientos y prácticas que muy poco tienen que ver con los proyectos e ilusiones de los primeros tiempos. Pertenecen al grupo de los que, satisfechos, habrían escuchado con gozo las noticias del mensajero.

Francisco, actor principal de la escena, provoca el encuentro, sin lograr que éste se dé; pronuncia pocas palabras y casi no hace otra cosa que decir al portero, de manera muy explícita que es “el hermano Francisco” y que quiere que, reconociéndole como tal, le acojan. Francisco no apela a derechos, porque los hermanos, en sus diferencias, no necesitan acudir a ellos; no censura ni condena; expresa tan sólo que él persiste en querer ser hermano de sus hermanos. Pero el portero pronuncia sólo palabras ácidas, en las que no hay ni halago ni aceptación, sino tan sólo frialdad y rechazo.

SEGUNDA ESCENA

“Llama a la puerta”... Está llamando “un buen rato”. El primer detalle que describe Francisco es el de esta llamada a la puerta. Llama y comprueba que tardan en abrirle. Estaba cansado, mojado, de frío y era natural que tuviera ganas de que le atendieran. La tardanza del portero pudiera atribuirse a falta de diligencia; pero pudiera haber en ella también una alusión a cierta tendencia que acaso ya existía de agrandar las casas en contra del deseo Francisco: cuanto más espaciosa fueran los edificios mayores debían ser las distancias... ¿En la distancia física no apuntaría acaso a la distancia psicológica y espiritual a la que en el conjunto tan claramente se refiere?. Ésta queda en todo caso de manifiesto en la displicencia del portero y en las formas duras y tensas que adopta. Sobre ese trasfondo queda más de relieve el sentido fraterno de Francisco.

TERCERA ESCENA

Francisco tiene que insistir. Su insistencia nacía de la necesidad de ser acogido y de la confianza que le brotaba de saberse hermano; pero el portero se ha incomodado. Y acaso, en un tono un tanto desabrido, pregunta: “¿Quién es?” Y Francisco responde amablemente y de la única manera que sabe presentarse: “Soy el hermano Francisco”.

Así quería presentarse; era el mejor y el único título que quería darse; se sentía miembro de la familia y lo expresaba con afecto y cariño. Francisco no dijo ni quiso decir otra cosa; pero el portero fue tajante. Éste se despacha con una aspereza estridente y Francisco, en consonancia con el papel que se ha asignado, no hace sino declararse hermano y solicitar acogida. El portero ni siquiera se digna abrirle la puerta. A lo largo de este acto se mantiene la metáfora de la puerta cerrada.

CUARTA ESCENA

El portero, que ya no entiende qué es eso de ser hermano, en actitud tosca y hasta violenta e incluso de repulsa, replica: “Largo de aquí. No es hora decente, para andar de camino; no entrarás”. Es llamativa la dureza del lenguaje que Francisco pone en boca del portero. Todo vínculo está roto. Francisco es hermano del portero y éste no quiere serlo de Francisco.

¿Qué ha ocurrido?. Francisco parece dar a entender que aquella vida concebida como fraternidad, en la que la cercanía, la confianza, la tolerancia y el perdón, cuando fuera menester, eran actitudes casi espontáneas, iba siendo reemplazada por otra muy distinta en que la disciplina adquiere una importancia desconocida en años anteriores; una disciplina dura y exigente en que las normas marcaban el ritmo, en que salía reforzada una autoridad ejercida en los mandatos más que en las exhortaciones –es más difícil exhortar que mandar–, en que se urgían con más fuerza comportamientos externos, quedando en la penumbra cuanto pudiera referirse a la libertad.

Francisco no había mostrado nunca gran entusiasmo por la idea de que la disciplina regulara la vida de los hermanos. En cierta ocasión, algunos hermanos, apoyados en el cardenal Hugolino, habían solicitado de Francisco –ocurría cuando éste componía la Regla definitiva– que abandonara la idea de componerla y se acogiera a otra de las ya conocidas y experimentadas en la Iglesia y que “determinan más detalladamente las normas de vida” (LP 18). La de san Benito, por ejemplo, precisaba normas distintas para el verano y el invierno. Pero Francisco se resistió y no aceptó la propuesta, continuando en su trabajo de elaboración de la nueva Regla, tan escasa en normas concretas de conducta. Ordinariamente las normas no pretenden sino ordenar la vida, que, mediante ellas, resulta más fácilmente controlable, pero no garantizan las vivencias interiores.

Para Francisco el compromiso más importante, y a él se obligaban también cuantos profesaban la vida según la Regla, era “observar el santo Evangelio”. Él escribió al hermano León: *“Esto te aconsejo. Que hagas con la bendición de Dios y mi obediencia como mejor te parezca que agradas al Señor Dios y sigues sus huellas y pobreza”* (CtaL 3). Francisco pensaba probablemente que el adoptar otros criterios significaba rebajar aspiraciones, recortar el campo de la vida evangélica, encubrir vacíos y ausencias de grandes motivaciones, y correr el peligro de cuidar sobre todo la periferia de la vida, exponiendo al olvido lo esencial.

Éste parece ser el pensamiento de Francisco cuando el portero le acusa de indisciplinado e inobservante y con rigor y dureza lo echa, no permitiéndole a entrar entre los hermanos: "Largo de aquí; no entrarás. No insistas; ya pasó la hora de retirarse; es una vergüenza que ya no estés dentro".

Un grupo de personas o se aferra con firmeza a lo esencial o tiene que regirse por normas que sólo pueden referirse a lo exterior de la vida.

QUINTA ESCENA

Francisco insiste todavía. Le parece inconcebible la actitud del portero. Se presenta como el "hermano Francisco". Le interesa subrayar su condición. Y que quede claro que no quiere invocar otro título. Quedó estupefacto. ¿Sería que el portero no le había entendido?; o ¿estaría el portero pasando por un mal momento y habría que saber esperar con paciencia?. Pero no había duda; el portero se había enterado muy bien de quién era el que llamaba; y su postura fue inflexible. Y la ratifica en tono burlón y con una dureza extrema: "Largo de aquí. Tú eres un simple y un inculto. Ya no vienes con nosotros. Somos tantos y tales, que no te necesitamos".

¡Qué dureza la que pone Francisco en labios del portero!. Francisco, el iniciador de la experiencia se presenta como alguien no reconocido, y hasta rechazado y expulsado. Y no porque se le pueda acusar de algo grave, sino por no tener formación académica, altura intelectual, por carecer de títulos, por no poder competir con hermanos doctos y letrados: "eres un simple y un inculto". Francisco atribuye al portero palabras que él mismo había dicho de sí: "Soy un ignorante y un inculto" (cf. CtaO 39).

¿Sería un resentimiento por lo que había escrito en la Regla: "Los que no sepan letras no se cuiden de aprenderlas" (2R 10)?. Los habitantes de la Porciúncula creían que la Orden había evolucionado y que iba por buen camino; tenían que ser prácticos y buscar la eficacia y realizar lo que de ellos se esperaba; los criterios que la habían dirigido contribuyeron a que poco a poco se fuera filtrando un sentido utilitarista: valía el hermano por los servicios podía prestar. Según esto, no era tan

incorrecto aquello de "Hoy ya no te necesitamos". Es como si le dijera: "cuando todos éramos más simples, ocupabas un puesto y representabas un papel. Pero esto es distinto".

Pero Francisco pensaba que para vivir la fraternidad hace falta un espíritu de gratuidad y gratitud; a uno se le regalan los hermanos; y éstos son acogidos con agradecimiento. Pero cuando uno vale para el otro según las ventajas que reporta, hasta el concepto de hermano sobra. Francisco quiere hacer valer ante todo el ser hermano y en modo alguno quiere abdicar de lo que en él es vocación; y quiere ser hermano incluso de quienes se empeñan en negarle la relación, el afecto, la cercanía, la acogida y hasta el título de "hermano"; comprende que inevitablemente se es hermano cuando Dios es padre.

Y junto a esa actitud de utilitarismo mezquino e insolidario, se da otra de suficiencia, orgullo, arrogancia: "Somos tantos y tales..." Habían crecido en número; eran cada vez más los doctos y sabios; y, al compartir, supuestamente, criterios con el grupo de hermanos de la primera parte, ellos sabían en su Orden habían ingresado todos los maestros de París, los obispos y arzobispos transalpinos e incluso habían tomado el hábito los reyes de Francia e Inglaterra. Puede que en realidad entre los hermanos fuera creciendo el deseo de que en la Orden se alistaran gente bien preparada y que cada vez hubiera menos disposición a recibir a gente no preparada y pobre.

Lo confirmaría aquel texto de Celano en el que da la noticia de que Francisco en un momento dado quiere introducir una novedad en la segunda Regla – no pudo ser porque la Regla estaba ya bulada–, en la que se dijera que en la Orden cabían no sólo sabios y ricos, sino también pobres e iletrados. Decía así: *"...quiero que mis hermanos simples tengan puesto en mi cabeza"*. Y Celano añadía: *"quería que la religión fuera lo mismo para pobres e iletrados que para ricos y sabios. Solía decir: En Dios no hay acepción de personas, y el Ministro General de la Orden, que es el Espíritu Santo, se posa por igual sobre el pobre y sobre el rico"* (2C 193). Son palabras que parecen corroborar lo que se dice en el texto de La verdadera alegría.

SEXTA ESCENA

Francisco insiste, pero no es por terquedad, sino por fidelidad a su vocación. Siente que aquella es su casa y que son hermanos suyos los que la habitan y le rechazan. Quizás ha tenido la tentación de desistir, pero “vuelve a la puerta y dice: “Por amor de Dios, acogedme por esta noche”. Es el último recurso. Nos dicen los biógrafos que cuando era joven, no negaba nada a nadie que le pidiera “por el amor de Dios”. Espera que también sus hermanos sean sensibles a este “amor de Dios”. Pero, provoca la ira del portero y el endurecimiento de su actitud: “No lo haré”.

Y esta vez el portero lo rechaza definitivamente: “Vete al lugar de los crucíferos y pide allí”. El portero ya ha encontrado el lugar que corresponde a Francisco. “Lugar” es el término genérico con que, al principio de la Fraternidad de los Menores, se designaban los lugares en que los hermanos se establecían fija o pasajeramente, y que con frecuencia eran leproserías («leprosorum habitacula»); tenerlo en cuenta puede ayudarnos para interpretar las palabras del hermano portero. Los crucíferos eran una Orden hospitalaria, fundada en Italia en 1169, que en tiempos de Francisco regentaba una de las leproserías, que se encontraban en el entorno de Asís.

Es posible que la forma de expresarse del portero esté echando en cara despectivamente a Francisco que sus añoranzas no tienen la sentido y que ya pasó el tiempo de la atención a los leprosos, y que, si todavía pretende volver a los orígenes, se vaya a los que en la Iglesia tienen la función de atenderlos; ellos, “tantos y tales”, tienen ahora otras funciones y otras ocupaciones y no pueden dedicarse a esa labores. Quedan rotos todos los lazos que unían a la comunidad de Santa María de los Ángeles y Francisco. Le niegan hasta el derecho a pedir limosna por el amor de Dios.

Y, ¿cómo acaba el relato? Francisco nos ha privado del gusto de saberlo. El acabarlo sin narrar el desenlace puede indicar que, para Francisco, no es tan importante éste como el proceso de la vida. Es en ésta en la que se prepara el

final... Lo que más vale son las opciones concretas que se van tomando, el recorrido que se va haciendo y la forma de hacerlo...

Ninguno de los hechos señalados a lo largo del texto se dieron tal cual en la vida de Francisco, pero hemos de añadir que, muy probablemente a través de ellos, él está aludiendo a problemas que temía surgieran entre los hermanos o que en alguna medida existían ya entre ellos hacia el año 1224. Si se dieron, seguramente estuvieron en línea con lo narrado en el texto, pero, seguramente, sin la acritud y dureza que aparecen en él; se podrían mencionar las tensiones que parecen haberse dado con ocasión de la composición de la Regla definitiva, el hecho de haberla elaborado casi en secreto y con las consiguientes quejas de ciertos ministros...; también las dificultades de convivencia con ciertos hermanos, el que algunos no le miraran bien ni acogieran con benevolencia algunos de sus proyectos...

La Leyenda de Perusa nos dice lo siguiente: *“Nosotros que hemos vivido con él hemos visto muchas veces con nuestros propios ojos que, como él mismo lo asegura, si algún hermano no le atendía en lo que necesitaba o le decía alguna palabra que suele molestar a cualquiera, se retiraba en seguida a orar, y, al volver, no quería recordar lo sucedido ni decía: Tal hermano no me ha atendido o me ha dicho tal palabra”* (LP 11).

En la narración de La verdadera alegría se esconden alusiones a la vida real de Francisco y a vivencias dolorosas que hubo de sufrir; no siempre le debió resultar fácil vivir en el grupo al que él mismo dio origen. Y es muy posible que el texto esté transmitiéndonos el recuerdo de esas situaciones o que simplemente esté refiriéndose a peligros que teme. Al mismo tiempo que discernía lo que ocurría o temía que ocurriera en la Orden, ¿querría discernir también su propia situación y los problemas que estaba viviendo personalmente?. Es posible.

La segunda parte del texto deja claro que Francisco quiere identificarse con la figura de hermano y quiere tratar sobre todo el tema de la fraternidad. **Es el tema central y de fondo.** El resto de los temas van surgiendo en

relación con él y como reacción a la declaración de Francisco: "Soy el hermano Francisco". Han ido apareciendo actitudes, imaginarias o reales, que para Francisco son desviaciones con respecto al proyecto de la Orden, que gira en torno a la fraternidad.

Para Francisco no había duda del valor programático del título "hermanos menores", que les inducía a conciliar fraternidad y minoridad: no es posible ser hermano sin ser menor, como tampoco lo es ser menor sin ser hermano; estos dos elementos, a su vez, iluminarán el resto. Ser hermano menor significaba para él

- ✓ cercanía con respecto a los otros hermanos, como también libertad para acudir a éstos y tener la seguridad de que se le abriría la puerta y sería acogido;
- ✓ significaba respetar la dignidad y la libertad de la persona al servicio del evangelio y sin encorsetarlas en normas estrechas que no aspiraran sino a salvar un orden exterior y buscaran eficacias en que la persona fuera simplemente utilizada;
- ✓ significaba que la persona es infinitamente más que su formación intelectual, que el brillo que le puede dar el pertenecer a una élite social, que el formar parte de un grupo con mucho poder y prestigio, y que no puede ser valorada con criterios utilitaristas;
- ✓ significaba que valoraba a la persona por serlo y que no le humillaba acercarse a los necesitados, los pobres, los marginados, los leprosos...

Para Francisco ejercitarse en el ser hermano era algo de lo que no podía despegarse nunca ni con nadie, porque le parecía imposible serlo y cerrarse a alguien. Lo vivía como vocación: el ser hermano era un regalo y ante el hermano no quería sino ser menor y agradecido incluso en situaciones en que sus actitudes y comportamientos no encontraran sino respuestas hostiles.

Dos detalles que podríamos subrayar:

- 1º. Francisco concibe el proyecto de vida en la Regla de 1223 como FRATERNIDAD. El tema de la fraternidad lo había pensado detenida y profundamente; y, como nunca, creyó ver que, siendo los hermanos "hermanos espirituales" (2R 6,9) por la acción de Espíritu Santo, sus capacidades de amor podían exceder incluso las

del modelo por antonomasia del amor humano, la madre. Anteriormente, en la primera Regla, proponía a los hermanos el ejemplo de una madre, diciendo: *"Cada uno ame y nutra a su hermano como una madre y nutre a su hijo"* (1R 9,11); cuando elabora la Regla definitiva de 1223, corrige lo que antes dijo y modifica el texto, afirmando: *"si la madre nutre y ama a su hijo carnal, ¡cuánto más amorosamente debe cada uno amar y nutrir a su hermano espiritual!"* (2R 6,8).

Es posible que a él mismo le asaltara la duda de si esto era posible y que imaginara una situación en que pudiera ponerlo a prueba y tomarse la medida; no es que hubiera concebido antes la fraternidad como algo fácil, sabroso y más o menos espontáneo, pero tal vez en los últimos tiempos le iban resultando más costosas las relaciones. ¿Sería él capaz de afrontar situaciones como las del desprecio y el rechazo?. Acaso las imagina como posibles no queriendo engañarse y deseando comprobar la verdad de sus ideas o la de su vida. No quiere hacer gala de nada, pues es consciente de su debilidad y no está seguro de que vaya a estar a la altura de su vocación y, como luego veremos, no sabrá hablar, en definitiva, sino con una frase condicional: "Si he tenido paciencia..." Ahora se encuentra Francisco, "el hermano Francisco" con quienes "ya no le necesitan".

2º. Otro detalle más del texto. Francisco percibía probablemente que los humanos han de desarrollar su vida en dos campos o a dos niveles: el personal e íntimo y el comunitario o de grupo. Nunca para la persona es suficiente lo que es exterior a ella, pero tampoco lo es lo que se vive en la propia intimidad.

Francisco se plantea los problemas personalmente pero no quiere desligarse de los hermanos. Incluso en situaciones de conflicto. Ser hermano supone estar abierto, pero sin abdicar de sí mismo y sin diluirse en un grupo. Y es lo que él intenta hacer y vivir. Los hermanos le repudian, pero en él no percibimos voluntad o deseo de ausentarse.

La insistencia en la llamada a la puerta puede ser una metáfora de algo más profundo: la conciencia de que ser hermano es un don y no dejará nunca de ser

una tarea. El portero le maltrata psicológicamente, pero en él no apreciamos sino su querer ser hermano. No cede ante las desviaciones que se dan entre los hermanos y no se desanima ante las dificultades que surgen. No está de acuerdo, pero no rompe con los que se apartan. Al final, hace lo que puede y discierne para ver lo que debe.

Francisco sabe que, además de la historia “visible y manifiesta” hay otra historia, más profunda y más auténtica, aunque muchas veces no sea visible y quede velada: la que se va produciendo en el corazón humano, en el campo de las vivencias, los sentimientos, que son los que revelan la verdad de la vida humana. A Francisco no le gustaba la tristeza en sus hermanos, pero tampoco le valía la alegría sin más; le preocupaba que ésta fuera “verdadera”, de auténtico valor cristiano, que ayudara a la persona al crecimiento y maduración y a ir construyendo la propia historia. El adjetivo “verdadera” tiene mucha importancia, porque lo que intenta discernir es justamente la calidad de la alegría a que se refiere, la alegría que crea, construye y madura a la persona humana.

Tercera parte: hacia una alegría evangélica y profundamente humana

A continuación, Francisco llega a la conclusión. La fórmula cortando bruscamente su narración. Parecía que todo se preparaba para que la respuesta a la pregunta: “Y cuál es la verdadera alegría”, se desprendiera con claridad del mismo relato. Pero lo suspende y añade: “Te digo que, si hubiere tenido paciencia y no me hubiere turbado, en esto está la verdadera alegría, y la verdadera virtud y salud del alma”. Nos pueden sorprender las palabras de Francisco; la conclusión no deja de ser extraña. ¿Dice en verdad en qué consiste la verdadera alegría?

A continuación vamos a analizar el texto de las dos líneas que acabamos de transcribir:

- ✓ **“Te digo que...”**. En Francisco no se aprecian titubeos en este momento; no recurre a un vacilante e inseguro “creo”, “pienso”; se pronuncia con claridad y

firmeza, dando a entender que lo tiene bien pensado; lo que va a decir no es probablemente lo esperado, pero, rehuendo declaraciones diplomáticas y políticamente correctas, se expresa con seguridad.

- ✓ **"... si [yo] hubiere tenido..."**. Se podía esperar que Francisco dijera en qué consiste la verdadera alegría en referencia al grupo de hermanos a que había aludido en la primera parte o a la comunidad de la Porciúncula, de la que había hablado en la segunda. Pero no es así; al pronunciarse en última instancia, los ha dejado de lado, y, estrechando el campo, con palabras sencillas ha iniciado así sus palabras: "...si [yo]...". Es él el que habla y para referirse a sí mismo. Como se ve, lo hace recurriendo a una frase condicional, con la que elude todo planteamiento abstracto, general y puramente doctrinal y teorías absolutas; viene a decir: mi verdadera alegría depende de que se den determinadas condiciones. No se ha desligado de cuanto precede; continúa situado en el cuadro del desencuentro con el portero; su verdadera alegría depende de cómo haya reaccionado ante las palabras provocativas del portero y desde qué vivencias lo haya ahecho.

Vamos a tratar a continuación sobre este particular desde dos puntos de vista:

- 1º. *por qué Francisco habla de sí mismo*
- 2º. *y por qué lo hace en forma condicional.*

1º. **POR QUÉ FRANCISCO HABLA DE SÍ MISMO**

- ✓ ***Conciencia de la propia debilidad.*** Esta frase condicional puede estar diciendo que Francisco no se siente un héroe, que palpa su debilidad y sabe que es humano y no santo.

Tiene conciencia seguramente de sus limitaciones y de su historia. Y nada de ello le permite estar seguro de que cumplirá cuanto se proponga. Sabe que su vida está sometida a muchas condiciones y que, en última instancia, no le quedará

sino confesar: "si hubiere tenido...", si hubiera hecho, si hubiera aceptado, si me hubiera abierto...

- ✓ *Doble discernimiento.* Hace referencia a sí mismo no sólo para orientar a los hermanos, a los que considera desorientados o necesitados de un discernimiento en una situación, poco clara y nada fácil, de ambigüedad, que les amenaza, sino, tal vez, porque él mismo necesita examinar y dilucidar su propia vida en un momento concreto de su historia personal y porque, seguramente, los problemas de hondura personal exigen un planteamiento personal.

Es posible que el texto aluda veladamente a ese doble discernimiento. Si es correcta la hipótesis de que el relato refleja de alguna manera y en alguna medida, la verdad de lo que está ocurriendo en la Orden, él tiene la convicción y la decisión de no dejarse absorber por el grupo cuando se trataba de la interpretación del núcleo de su vocación y la de sus hermanos.

- ✓ *Valor de la persona frente a la institucional.* El relato puede ser una afirmación de la persona, frente a los riesgos de anularla. Francisco no lo ha formulado con palabras expresas, pero, regido por una especie de instinto espiritual, ha sugerido que el grupo adquiere valor por el que tienen las personas que lo componen, y que en este campo de las personas tienen lugar las verdaderas batallas en pro o en contra de la fidelidad a la vocación y los verdaderos logros; y tal vez, con esta forma de expresarse quiere dirigir una invitación a que cada uno se mantenga en actitud crítica y examine así los complejos sentimientos y emociones que anidan en el propio corazón, por ser ésta la única manera de mantener la propia identidad y la vitalidad de un colectivo o de regenerarlas.

Francisco siente y piensa que el grupo no ha de absorber y anular a las personas cercenando sus valores más singulares; y las personas, individualmente consideradas, que son es el único sujeto de emociones y sentimientos, son las responsables de su vida íntima y de alentar al grupo del que son parte; sólo la persona puede asumir lo positivo e integrar lo negativo que ocurra en su interior o en su derredor; sólo la persona tiene capacidad para renovar el grupo. Persona a persona,

sin que haya ningún atajo para que el evangelio se extienda; el grupo no suplanta a las personas.

La complacencia en los éxitos del grupo : “Somos tantos y tales, que no te necesitamos”, puede llevar a no valorar debidamente a las personas. El relato puede ser una afirmación de la persona, frente a los riesgos de anularla.

Posiblemente Francisco expresa en este momento la conciencia que él tiene de ser responsable directo de la vida de la Orden; humildemente alude a su persona con el fin de mostrar a sus hermanos su modo de pensar, pero también, tal vez, para decir que si, según él, se quiere discernir sobre la verdadera alegría no hay otro camino que el de que las personas concretas discernan lo más hondo de su alma, examinando las alegrías que sienten en su corazón, los motivos por los que las sienten, y las condiciones en las que las sienten. La sonrisa es muchas veces una expresión de la alegría, y no hay sonrisas colectivas; son siempre personales, aun cuando sean muchas las personas que sonrían.

2º. Y POR QUÉ LO HACE EN FORMA CONDICIONAL:

Francisco no quiere insinuar que su vida sea modelo y lección para nadie, ni quiere ser el centro. No dice que él viva la verdadera alegría, ni exhorta a los hermanos a que hagan como él. Con sencillez y modestia dice que él vivirá la verdadera alegría si en él se dan determinadas condiciones, que no las ve entre los hermanos anónimos y los de la Porciúncula, y que por supuesto no se las atribuye. Como estas condiciones dependen de las personas, no se puede hablar sino condicionalmente, y el vivir la verdadera alegría no depende de un esclarecimiento doctrinal y de que ella se defina con precisión en una formulación abstracta.

Por otra parte, la fórmula empleada no es una declaración de humildad, por la que pretenda abajarse y huir de alabanzas. En todo caso podría ser que quiera sugerir que él mismo se ha sentido acosado por la tentación de alegrías falsas, de tristezas y temores y que tiene idénticos peligros a los de cualquiera, y que ante ello, no le parezca honesto emplear otra manera de hablar que la condicional.

Quiere ayudar, pero sabe que él mismo puede ser víctima de esas tentaciones, y que, si así sucediera, se alejaría de la opción evangélica que quiere reivindicar.

- ✓ *“...si hubiere tenido paciencia y no me hubiere turbado...”* Es el contenido de la oración condicional que pronuncia Francisco. Llama la atención que para decir en qué consiste la verdadera alegría hable de la paciencia y de no turbarse. Pero puede ser un detalle por el que percibimos la humanidad de Francisco; la alegría la concibe asociada a algo tan humano como la adversidad, la tentación, la paciencia, el esfuerzo por no turbarse.

Habla de la paciencia y de no turbarse en relación con lo que narrado en la escena del encuentro de Francisco con el portero; aquello ha supuesto un profundo dolor. Hay en él la conciencia de que el sufrimiento, la adversidad, lo negativo, lo indeseado es inevitable en la vida y puede tener un sentido positivo. Considera que ante todo ello la paciencia y el saber vivirla sin turbarse es necesario para que la vida no se rompa y no se degrade.

Es probable que Francisco haya querido expresarse de forma tan dura, como lo ha hecho en el cuerpo central de esta parte, y que ahora aluda a la paciencia y a no turbarse, queriendo sugerir que no hay vida cristiana ni humana si no se tiene la lucidez de aceptar como parte integrante de la misma también lo negativo, el dolor, la enfermedad, el fracaso... No es que sea ilegítimo el aspirar al gozo en la vida; pero no es razonable hacer planes en ella sin aceptar que el sufrimiento va a estar presente de formas variadas y sin intentar integrarlo. Es sabiduría humana y es, también, sabiduría cristiana. No es posible una existencia humana ni cristiana en la que gozos y dolores no vayan mezclados. Francisco se ha percatado de que la adversidad estará siempre presente y de que, en consecuencia, ha de estar también presente la paciencia y el poder vivir la realidad sin turbarse.

Si ya lo que dice acerca de la paciencia en el texto de la verdadera alegría da a entender la importancia que ella tiene para Francisco es particularmente significativo lo que de ella escribe en el capítulo 10 de la segunda Regla, texto cumbre de la misma Regla. Dice a los hermanos que, *“por encima de todo” han de desear tener*

el Espíritu del Señor y su santa operación, y que ésta se manifiesta en hacernos capaces, entre otras cosas, de "tener humildad y paciencia en la persecución y enfermedad".

✓ *"...en esto está la verdadera alegría, y la verdadera virtud y salud del alma".*

Lo primero que debemos esclarecer es el sentido de la expresión "en esto". Dos cosas se encierran en ella: la escena de Francisco con el portero y el que Francisco viva esa situación "con paciencia y sin turbarse". Refiriéndose a ellas dice Francisco: "en esto".

La verdadera alegría puede darse en circunstancias tan negativas como la descrita en el texto (el rechazo de Francisco por el portero), sugiriendo así que ella es posible en cualquier situación humana, incluso la más adversa, si se tiene la disposición interior que permita afrontar el caso con paciencia y sin turbarse; estas actitudes contribuyen a que la alegría se consolide, pero ellas son la señal de que la alegría está ya presente en el alma y que actúa haciéndolas posibles. La verdadera alegría crea fortaleza y dispone a la paciencia y ésta permite que la paciencia no desaparezca. Así como hay alegrías que pueden desembocar en inhumanidad, las hay que contienen una dimensión humana.

El mensaje de que la alegría, la verdadera alegría, es posible, y que lo es en cualquier circunstancia, al igual que, como dice el Evangelio, son posibles las bienaventuranzas que proclama en Evangelio.

¿Cómo nace esa alegría, como se instaura en el alma, quién la crea? Francisco no responde de forma explícita a estas preguntas, y sin embargo es clara la respuesta. No puede crearla sino Dios. La alegría, de la que habla Francisco, está asociada a la opción por el evangelio y el seguimiento de Jesús; pero ésta, a su vez, está asociada a la cruz en sus formas más variadas. Cuando uno está íntimamente identificado con la opción dicha y ésta comporta sufrimiento, el sufrimiento resulta tolerable y es aceptado antes de renunciar al evangelio y a Jesús; la alegría que proviene de haberse abrazado a ellos subsiste incluso en medio del adversidad, y la paciencia y la serenidad, con que ella es afrontada, atestiguan que en el alma reside

inviolable la alegría verdadera. Y es claro que para Francisco esta alegría no es de carácter moral, como si su existencia fuera consecuencia de un comportamiento correcto; nace como fruto de la acción de Dios en el ser humano.

Teniendo en cuenta la asociación de la paciencia y el no turbarse con la alegría, podríamos glosar el texto de Nehemías: "La alegría del Señor es vuestra fortaleza" (Ne 8,10) poniendo en labios de Francisco las palabras siguientes: *"Cuando sois fuertes en la tribulación, cuando la padecéis con paciencia y sin turbaros, en vosotros está la alegría del Señor"*.

En la primera parte Francisco ha negado que aquella alegría de los hermanos fuera verdadera, porque los hechos que la suscitaban no eran propiamente evangélicos; en la segunda nos habla de un conflicto sufrido en paz por Francisco, de rechazos y actitudes hostiles a los que él ha respondido con actitudes fraternas...

Es como si Francisco dijera: *"Cuando las relaciones humanas no se rigen por leyes puramente espontáneas ni se valoran con medidas sólo naturales, es que Dios está presente"*.

Es una de las formas de discernir de Francisco. Según él, el cristiano nunca elude la vida ni realidad alguna de la misma, so pena de dejar de ser cristiano, y siempre intenta afrontarlas. Y tiene particular cuidado cuando se le pone a prueba en el amor, porque le resulta imposible dissociar a Dios y al prójimo. La relación con el otro es en el cristiano afirmación de Dios. Uno vive la verdadera alegría cuando el Señor, que es su gozo, está en él, en lo más profundo de su ser; las dificultades, del tipo que sean, y el modo de enfrentarse a ellas dejan ver lo que se aloja en el interior de la persona. ¿Hay otro ámbito, que no sea la persona, en que se den las condiciones para la verdadera alegría?

Es inconcebible que Francisco haga ningún razonamiento sin que aluda a Dios. Lo que seguramente insinúa es que la fortaleza para asumir la realidad con serenidad y con confianza, la recibe de Dios, que está con él, que es su roca firme, el que le capacita para vivirlo todo con entereza y gozo. Hablar de paciencia y de no turbarse parece indicar otra perspectiva muy distinta de la que aparece en boca del

mensajero: no se trata de hacer milagros que llamen la atención, sino de cumplir la voluntad de Dios y de vivir confiándose a Él.

Y creemos que cuando habla Francisco en los términos en que lo hace, tiene muy presente a Dios, que está en lo más íntimo del ser humano, aunque no lo mencione siquiera, y quiere evocar su acción en el que se acoge a Él. En las Alabanzas al Dios altísimo Francisco proclama: "Tú eres el amor..., Tú eres la paciencia..., Tú eres la mansedumbre, Tú eres la seguridad, Tú eres el descanso, Tú eres el gozo, Tú eres... la alegría..., Tú eres nuestra riqueza a satisfacción..., Tú eres nuestra fortaleza..., Tú eres nuestra caridad...". ¿Será posible vivir la verdadera alegría, esa de que habla Francisco, si el ser humano, tan débil, tan amenazado, no se apoya en Dios y no se siente apoyado por Él?

La presencia de Dios no suprime la fragilidad, pero confiere la posibilidad de vivirla en confianza. El texto podríamos así considerarlo como una confesión de su fe. Francisco ha comprendido que la verdadera alegría reside muy en el fondo del alma, y que ella no es posible si Dios no la instaura en lo más íntimo de la persona, y que el tenerla capacita para sobreponerse a las mil dificultades que pueden surgir en la vida, siendo esta experiencia de paciencia indicio de la acción de Dios.

La verdadera alegría no es posible si el gozo no es hondo y proviene de vivencias muy íntimas y esenciales que no pueden estar pendientes de hechos deleznales y fugaces por muy sobresalientes que sean socialmente y muy espirituales en la consideración eclesial.

Tras haber dicho en qué está la verdadera alegría, Francisco añade que "en esto está" también "la verdadera virtud y salud del alma". ¿Cómo encajan estos tres elementos: alegría-virtud-salud del alma?

"...En esto está... la verdadera virtud", tendríamos que entenderlo en el sentido de que donde hay fidelidad a Dios y a su llamada y cuando se trata de responder a ésta fiándose de Dios en todo cuanto acaezca en la vida, soportando con paciencia la adversidad y sin turbarse, ahí y entonces hay "verdadera virtud". La virtud

verdadera, aún siendo distinta, sería una pariente próxima de la alegría verdadera; probablemente de una y otra podría decirse aquello que Francisco dice expresamente de las virtudes: *“quien ofende a una virtud, ninguna posee y a todas ofende”* y *“quien posee una virtud y no ofende a las otras, las posee todas”* (SalVir 7.6). Y aquello otro: *“Santísimas virtudes, a todas os salve el Señor, de quien venís y procedéis”* (SalVir 4). Puede que esté sugiriendo que quien tiene la verdadera alegría tiene también virtud verdadera, es decir todas las virtudes que han de caracterizar al cristiano/a.

Y para concluir, queriendo redondear este discurso esencial, añade: *“en esto está... la [verdadera] salud del alma”*. Francisco probablemente quiera decir que quien tiene la alegría verdadera y con ella la virtud verdadera, goza de salud espiritual, es decir, fortaleza, lucidez, arrojo, fidelidad, generosidad, apertura, entrega, y tiene todo lo que se requiere para ser un buen discípulo del Señor “pobre y humilde”. La alegría verdadera no es para Francisco algo periférico y secundario o algo que se pueda sacrificar o no cultivar. Es imprescindible; y para afirmarlo dice de ella que es “verdadera virtud y salud del alma” o que con ella está también la “verdadera virtud y salud del alma”. Buscarla e ir la viviendo es ir construyendo la persona en forma creyente, tal como Dios quiere.

APLICACIONES A NUESTRA VIDA

El ser humano necesita saber de qué se alegra, por qué se entristece y a qué teme... Francisco en este texto reivindica la vida evangélica y nos invita a que clarifiquemos nuestros estados de alma y nuestros criterios a la luz de esta opción nuestras, que seamos conscientes de alegrías y tristezas. Es necesario examinar los centros de nuestros intereses y alegrías, de nuestras tristezas y de nuestros temores...

Y no basta hacerlo de cara al grupo; hemos de hacerlo también y sobre todo de cara a nosotros mismos.

- ⊕ ¿Cómo me siento en la vida: como persona o como miembro de un grupo (familiar, social, comunitario, eclesial...)? ¿Asumo mi responsabilidad personal o la declino?
- ⊕ ¿Cómo vivimos los momentos invernales en nuestra vida?. El vivir embarrados, ateridos, helados, ¿es para mí equivalente a ausencia de Dios o es clima propicio y posibilidad de crecimiento y maduración?
- ⊕ ¿Colaboro en favor de los demás tratando de responder a mi vocación personal?
- ⊕ ¿Sé discernir mi vida y mis situaciones concretas o las valoro sin más por la alegría o tristeza espontánea que siento?
- ⊕ ¿Qué peso tiene en mí la llamada de Dios? ¿Creo que la respuesta, incluso en casos en que el proyecto sea común, es sobre todo responsabilidad personal?
- ⊕ ¿Sabemos que no debemos aislarnos? . Y, ¿cómo reaccionamos cuando otros nos aíslan o no nos valoran?
- ⊕ ¿Nos parece posible estimar a los que no nos estiman ni aman?
- ⊕ ¿Cómo influye en nosotros el sabernos hijos de Dios y, por consiguiente, hermanos entre nosotros?

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas,
la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, te corresponden
y ningún hombre es digno de pronunciar tu nombre.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
él es el día y por él nos alumbras;
y es bello y radiante con gran esplendor:
de ti. Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas:
en el cielo las has formado claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
que es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche: y es bello y alegre y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la madre tierra,
que nos sustenta y gobierna

y produce distintos frutos con flores de colores y hierbas.

Loado seas, mi Señor,
por los que perdonan por tu amor
y sufren enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal
de la cual ningún hombre vivo puede escapar.
¡Ay de aquellos que morirán en pecado mortal!

Bienaventurados los que encontrará en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle con gran humildad.